

ESPECIAL PARA ELITE

por Eduardo Lira Espejo

El juglar

● **Un intérprete bohemio
de la música y la poesía**





El galán y la dama, el amor y la música en la tela del pintor francés Antoine Wateau forman lo que el artista denomina "El Acorde Perfecto".



"El Serenatero", el músico errante en el cuadro de Wateau, que con la guitarra y su canto, exteriorizaba quedamente las cuitas amorosas.



En esta hermosísima pintura italiana del Maestro Caravaggio

LA Iglesia Católica en la Edad Media, ejerció potestad absoluta sobre la música, de tal manera que durante siglos la traxectoria sonora comparte las alternativas con que se propagó la fé de Cristo. La música de la religión naciente, heredada de la antigüedad pagana el sistema de los griegos y las inflexiones de melodías litúrgicas judías.

Cuando aún no se habían construido las catedrales admirables, esto es, varios siglos después de aquel período de persecuciones, de malos tratos ignominiosos con que se castigaba a los que recogieron la semilla de amor del dulce Jesús, la música gozó del privilegio de ser el único arte que la iglesia admitía. El canto de los creyentes primitivos congregados en recintos ocultos y sencillos, resonó diáfano en la pureza monódica, sin acompañamiento de instrumento alguno; en esta plegaria transmutada en melodía, con los años y los siglos, participará el pueblo con unción ejemplar, aquellos humildes en cuyas almas estremecidas de misticismo, la música vierte sus poderes mágicos.

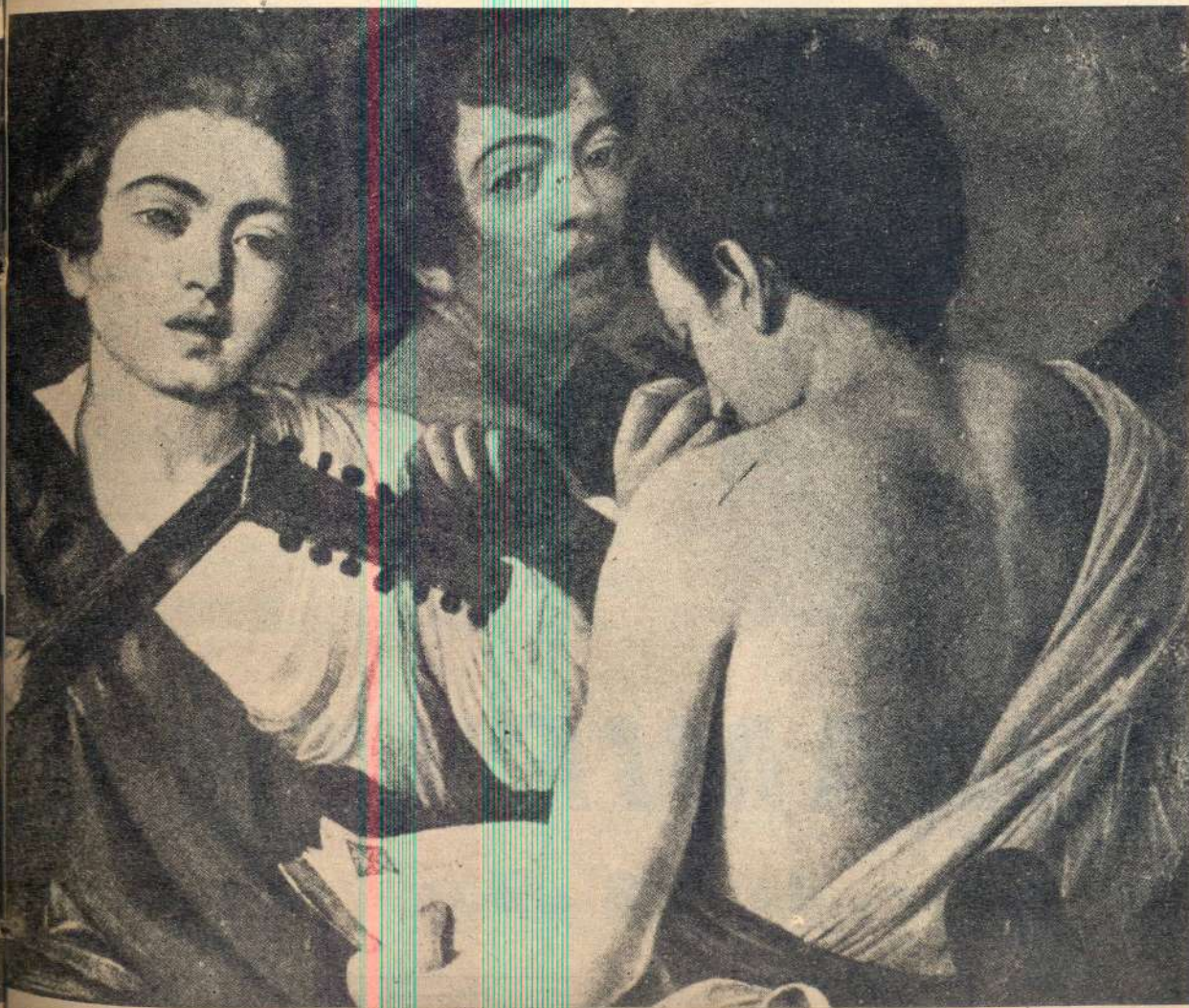
El Poder Mágico de la Música.

Este concepto, por el cual ciertas energías misteriosas vibran con sonoridades determinadas, por el cual ciertos efectos armónicos son capaces de exaltar vivencias antiquísimas, era sustentado por las sectas iniciáticas del Oriente, desde donde llegó a los griegos, pero antes, con el contacto de otras culturas, el simbolismo que tanto cuidaron los antiguos se alteró con mixtificaciones lamentables. Por esto en la atmósfera de los cristianos, lo que se refiere a la música, se observaba con estrictez absoluta por pertenecer a lo sagrado, a lo esencial del culto divino; la función y práctica se regularizaron con normas precisas y se determinaron con leyes indiscutidas. Las intervenciones musicales del rito, las realizan conjuntamente los sacerdotes y la feligresía. El canto se funde en la oración; y la palabra de la plegaria transportada en melodía, asciende al cielo para conquistar la gracia suprema. En la beatitud del canto, las almas se elevan a Dios, con candor aligero.

Los Instrumentos Musicales Proscritos del Culto.

En el culto no hubo aceptación para los instrumentos, ya que se les relegaba a menesteres rústicos del ambiente plebeyo. El mandato eclesiástico los eliminó de la primacía docta, a tal extremo que pronto su desaparición se hará evidente. No obstante, en el pueblo, siempre algo persevera, ese algo que renace o se transforma con los siglos posteriores. El salterio de los hebreos, cuya misión aparece enraizada gloriosamente en la de los salmos en las Sagradas Escrituras; la citara de los griegos y la lira, venida del Oriente para recibir de los poetas la aureola más bella, y tantos otros instrumentos que alborozaron cánticos y ritmos, fueron proscritos del ámbito del templo. Y cuando estos y otros por descrédito, permanecían en el abandono, aparecen ciertos espíritus privilegiados que con afecto entrañable remozan las voces silenciadas; surgen los juglares que atraen para ellos la querencia del pueblo y también en el entusiasmo de la juglaría inclinan

errante



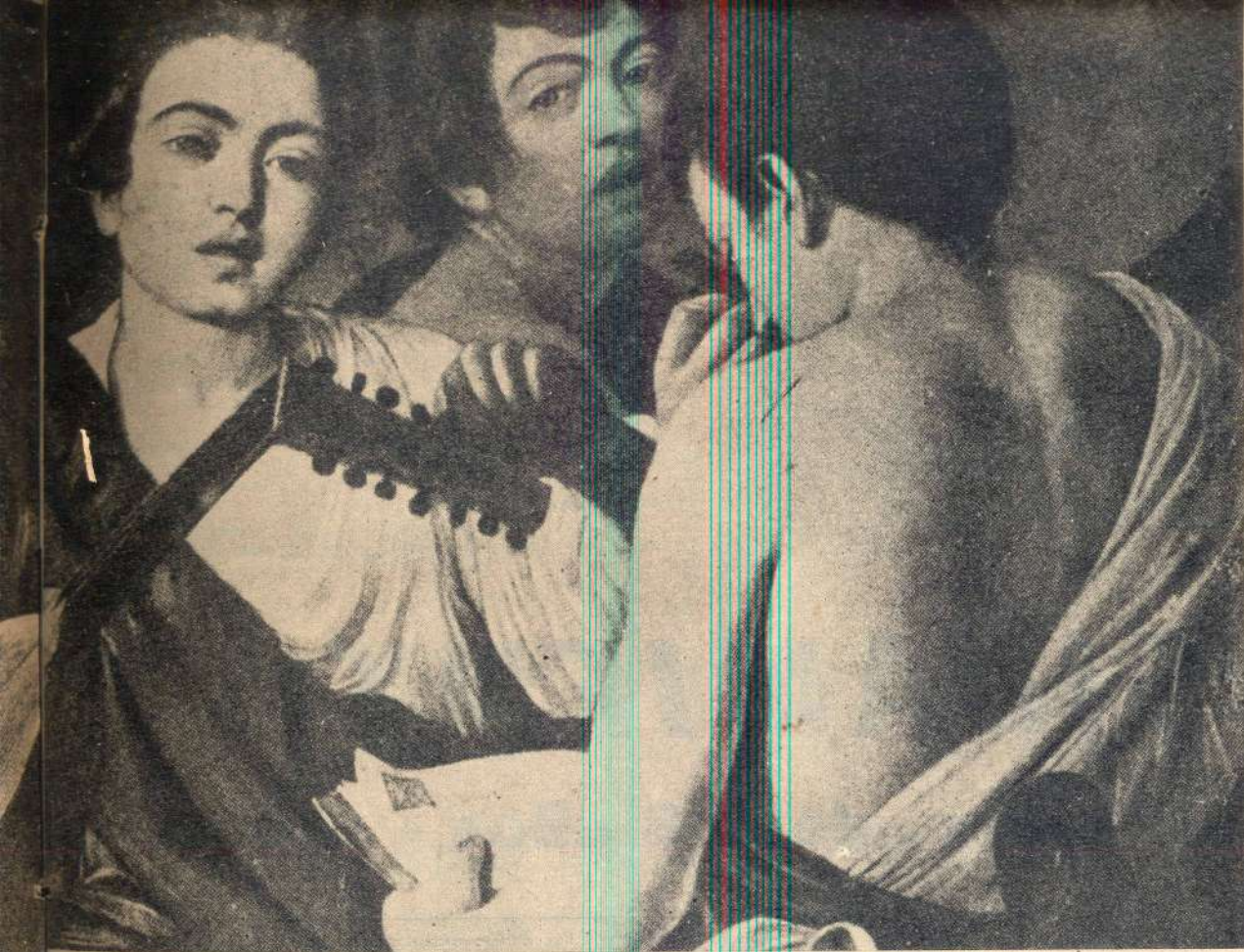
Para agradecer el canto de alabanza del juglar, la Santísima Virgen le concedió la gracia milagrosa de que uno de los cirios del altar se trasladara a las manos del músico peregrino.

cia deliciosa, idéntica a la conque vaciaba las fuentes de manjares variados. Los sonidos y versos escogidos para entretenimiento tan regio sin duda alguna, procedían de un granero salte de lo que entonces, el clero podía ofrecer, pimentado con malicia mundana, muy diferenciado. Quizás allí se escuchó lo que no admitía y además condenaba la Iglesia; aquellas canciones que preservaron muchos músicos de oficio, juglares y menestres, trotamundos que caminaban de Italia a los Santos Lugares; de España a Francia o desafiaban el Canal tormentoso para arribar a Inglaterra. Con los instrumentos y sus cantares, se señalaron como los peregrinos del arte profano del medioevo.

En el juglar se conjugaba el charlatán y el malabarista, el acróbata y el bufón, y en determinada faz, el músico y el poeta; ambulaba de pueblo en pueblo y de corte en corte, con la música y la poesía, dos hermanas en el crecer, con las cuales recreaba al pueblo en plazas y ferias. Peregrinos maravillosos que solazaban a los nobles en los castillos, hasta donde llegaban con sus trajes de colores abigarrados y con los gesto inconfundibles de mimicos.

Heraldos de Hechos Guerreros y Aventuras Amorosas.

En versos o no voceaban las noticias de un extremo a otro del mundo conocido, por lo cual bien podría calificárseles de periódicos vivientes.



aparece el Juglar con el laúd, rodeado de otros músicos.

el favor de los señores nobles, los que de protectores, no se resisten a la tentación de ejercer el oficio de juglar.

La Dulce Presencia de la Virgen María.

La sociedad caballeresca impone un sentido diverso al tradicional eclesiástico, el cual se deriva del poder terrenal, del afianzamiento cortesano del Imperio. La plenitud de la música de este nuevo espíritu y estilo se concentra alrededor del siglo XII, en las melodías de los trovadores de Francia e Italia, en las de los "minnesinger" de Alemania. Florece la poesía en romances y canciones con acento lírico amoroso, con el énfasis propio de la era de la caballería. De esta atmósfera romántica se cuenta también el ambiente religioso, donde germina una empresa tan fantástica de la raigambre más característica del romanticismo, aquella de Las Cruzadas, en el momento en que surge el culto a la Virgen María, símbolo de la pureza y del ideal femenino.

El juglar tendrá también en María a su Dama, la incomparable Señora, la reina del cielo que prodiga ternuras indecibles; en la juglaría la temática mariana imprime huellas gloriosas y las mentes populares tejen leyendas de milagros y favores divinos. Entre muchas se refiere en "Les Miracles de Notre Dame" que en el Santuario de Rocamodor, la Virgen María por tres veces consecutivas hizo que uno de los cirios que la iluminaban se trasladara a las manos del juglar, como recompensa por las canciones que el músico le entonaba rendidamente. Milagro tan inaudito fué celebrado con una gran fiesta, con repiques de campanas y con las muestras más entrañables de regocijo y agradecimiento.

Los Peregrinos de la Edad Media.

Afirman que el Emperador Carlo Magno para hacer gratos los momentos del comer, exigía se levera en voz alta o se ejecutara música, que la persona imperial saboreaba con apeten-



Para agradecer el canto de alabanza del juglar, la Santísima Virgen le concedió la gracia milagrosa de que uno de los cirios del altar se trasladara a las manos del músico peregrino.

cia deleitosa. idéntica a la conque vaciaba las fuentes de manjares variados. Los sonidos y versos escogidos para entretenimiento tan regio sin duda alguna, procedían de un granero salte de lo que entonces, el clero podía ofrecer. Pimentado con malicia mundana, muy diferentes. Quizás allí se escuchó lo que no admitía y además condenaba la Iglesia; aquellas canciones que preservaron muchos músicos de oficio, juglares y menestres, trotamundos que caminaban de Italia a los Santos Lugares; de España a Francia o desafiaban el Canal tortuoso para arribar a Inglaterra. Con los instrumentos y sus cantares, se señalaron como los peregrinos del arte profano del medioevo.

En el juglar se conjugaba el charlatán y el malabarista, el acróbata y el bufón, y en determinada faz, el músico y el poeta; ambulaba de pueblo en pueblo y de corte en corte, con la música y la poesía, dos hermanas en el crecer, con las cuales recreaba al pueblo en plazas y ferias. Peregrinos maravillosos que solazaban a los nobles en los castillos, hasta donde llegaban con sus trajes de colores abigarrados y con los gesto inconfundibles de mímicos.

Heraldos de Hechos Guerreros y Aventuras Amorosas.

En versos o no voceaban las noticias de un extremo a otro del mundo conocido, por lo cual bien podría calificárseles de periódicos vivientes. Estos relatores de hechos y acontecimientos en el ajeteo de cronistas, mezclaron la leyenda con la historia. A muy pocos de ellos se les puede señalar como autores de la música y de los versos con las que asentaban su fama; el juglar, en este aspecto, no alcanzó más allá de los límites del intérprete, aunque algunos fueron intérpretes de la mejor poesía culta, creada por los trovadores. Este arte de trovar para anclar al fin, en las aguas cristalinas que escarcea en corrientes de temáticas populares mecen los vientos alisios del arte de minorías selectas. El trovador inventa la poesía y la música, mientras que el juglar las repite, el cual se contenta con el papel de memorialista. El trovador crea; el juglar interpreta. El trovador se lanza al mundo en pos de aventuras para aplacar su espíritu caballeresco y galante. Los motivos amorosos dominan su canto; si acaso el verbo laudatorio destaca personas principales y reales, nunca le mueve el interés monetario de la recompensa. El juglar, mensajero de la poesía y de la música, busca el sustento, vive del oficio, de la agilidad de agradar a las mayorías. Para el juglar, el arte constituye fuente de lucro; personaje de talento y gracia comunicativa, en los tiempos medioevales, el juglar encarna al intérprete errante.